



Presentación

Como los grandes proyectos o las empresas más arriesgadas, el artista sufre —de modo permanente— las exigencias de un mundo que le pide más de lo que ofrece a cambio. Entre las múltiples lecciones del hombre que en vida llevó el nombre de Alfonso Reyes, habrá que reiterar su afán por hacer de la escritura un dominio autónomo y tangible, útil y exigente. Obstinado en “pensar con la pluma” todos los minutos de su jornada terrestre, nos enseñó a perpetuar el instante en fuga para injertarlo en la permanencia del objeto verbal compartible e iluminador. Acaso el mayor reproche que nos obliga a hacerle es que, a partir de él, quien pretenda vestir los ropajes de *hombre de letras* no puede darse el lujo de ignorar la obra de quien se empeñó en hacer suyas, más tarde nuestras, las parcelas del mundo que sintió dignas de transformar.

A nada contribuye, sin embargo, la entrega incondicional al mito en que convertimos a nuestros escritores. Que en este centenario del natalicio de Alfonso Reyes, el homenaje pierda sus almidones rigurosos y no se transforme en admiración ciega, deslumbrada por brillos inmediatos. Vivo y polémico en una de las obras ejemplares de nuestra cultura, Alfonso Reyes se presenta aquí abierto al diálogo: lecturas de su obra, de su vida en su obra, el autor en sus propias acciones y palabras. Leer a Reyes con desconfianza crítica, con entusiasmo lúcido, es una prueba más de que la lección del maestro continúa. ♦